

SAFO.

Me propongo en el presente escrito hacer algunas aclaraciones á la Disertación sobre Safo, escrito por el Sr. Don Alfredo Bablot, fundándome en las razones que brevemente paso á exponer, porque ocupaciones de otro género me impiden extenderme todo lo que quisiera.

Desde luego no estoy conforme con el señor Bablot, respecto á que en español se desconozca la manera propia de escribir *Safo*; esto es, *Sappho*: en prueba de ello citaré un libro que fácilmente puede consultarse entre nosotros, y es el «Diccionario de Historia y Geografía» impreso en México (1855), tomo 6º, donde se lee en el artículo respectivo, *Safo* ó *Sappho*, como el Sr. Bablot desea que se escriba.

Por lo demás creo que el Sr. Bablot tiene razón en pedir que se respete la etimología, pues sólo de esta manera puede averiguarse el verdadero significado de las voces. Nada tengo que añadir sobre este punto, á lo dicho por el referido señor, y mucho menos cuando es materia agotada por diversos lingüistas. Recordaré únicamente á Nodier, el cual se entusiasma tanto en defensa de las leyes etimológicas, que llama *bárbaro, ignorante y falsario*,¹ á quien maltrata la ortografía.

Sin embargo, mi respeto por la etimología no llega al extremo de inspirarme el *sacro furor* que al escritor francés, porque encuentro, en la práctica, las siguientes dificultades.

Ante todas cosas, para respetar absolutamente la etimología, era preciso que cada idioma tuviese el alfabeto de to-

1 Notions elementaires de lingüistique.

dos sus antecesores, lo cual es imposible. El español, que es el objeto de la presente cuestión, se compone de sanscrito, latín, griego, árabe, hebreo, godo y vascuence; y así para tener una ortografía rigurosamente etimológica, sería necesario que adoptase un alfabeto compuesto de todos los de aquellos idiomas; no sería poca la confusión que resultaría, y sí mucha la complicación y dificultad en la pronunciación y la escritura. Con este sistema perdería el español su excelente ortografía, la más lógica de los idiomas modernos, pues casi llena las reglas de una ortografía perfecta, que desde el siglo XVII dieron los sabios de Port Royal en su *Gramática general*:

1º Que toda letra exprese algún sonido, es decir, que no se escriba nada que no se pronuncie.

2º Que todo sonido tenga su letra correspondiente, esto es, que no se pronuncie nada que no esté escrito.

3º Que cada letra sólo exprese un sonido simple ó doble.

4º Que un mismo sonido no se exprese con varias letras.

No siendo posible ni conveniente que el alfabeto de una lengua se componga de la reunión de otros muchos, menos es fácil que cada individuo, hablando cierto idioma, pronuncie bien todos los sonidos de los demás, por la sencilla razón de que el modo de pronunciar se adquiere desde la infancia, y ni los más hábiles políglotas pierden el acento de la lengua patria.

Por estas razones, Sicilia y otros preceptistas castellanos, aconsejan muy juiciosamente que se escriba en español *sicología* y no *psicología*; *neumatología* en vez de *pneumatología*, pues de la última manera resulta una *p* inútil, que no suena en español, contraviniendo á la primera de las reglas copiadas anteriormente.

Aplicando todo lo dicho á la palabra *Sappho*, escrita como quiere el Sr. Bablot, resulta:

1º Dos letras inútiles *p b* que no suenan en español.

2º Desfiguro en lo escrito como siempre que hay algo redundante.

3º Trabajo innecesario al escribir.

4º Pronunciación viciosa que produce un efecto contrario al que se propone el Sr. Bablot, como voy á indicarlo.

Este señor cree que sólo las dos *pp* seguidas de *h* dan idea exacta del eufonismo griego; tal como está bien en los

que hablan ese idioma; pero en castellano *Sappho* resulta *Sapo*, convirtiendo así á la divina poetisa griega en uno de los repugnantes batracios.

Agregaré sólo una palabra respecto á la cuestión ortográfica. Es cierto, como dice el Sr. Bablot, que los alemanes y los ingleses respetan más la ortografía que los españoles y los franceses; pero también es verdad que se ven precisados á usar de ciertos expedientes para remediar los defectos de su sistema. Por ejemplo, Webster en su *Diccionario* escribe *sappho*; pero tiene que poner entre paréntesis *safte* para marcar bien la pronunciación. Resultando del sistema etimológico riguroso: escribir dos veces para ser comprendido en cada país; necesidad absoluta de dar ortografía propia á la extraña.

Paso ahora al segundo punto de mi escrito, que tiene algunos puntos de caballería andante. Tomo, ya que no la espada, sí la pluma, para defender la honra de la interesante Safo, mancillada terriblemente por el Sr. Bablot y por los demás escritores cuya opinión ha seguido nuestro apreciable colega.

No creo que las obras de Safo sean un modelo de literatura espiritualista, porque, en mi concepto, toda la literatura griega es materialista, sin exceptuar los escritos de la poetisa de Mitilene, no obstante su sexo. Tampoco creo que Safo fuera una cándida paloma, un modelo de pureza virginal; pero no por eso admito que su amante tuviese que celarla de la cocinera ó de la doncella de labor.

Tres son los puntos en que se fundan los que acusan á Safo de amores femeniles.

1º El dicho de ciertos autores antiguos.

2º El tono ó sentido de sus composiciones.

3º La oda dirigida á una joven, conservada por Longino.

Voy á refutar estos argumentos guiado por los criterios de autoridad y sentido común.

Los autores antiguos que difamaron á Safo nada prueban en contra suya, porque no la vieron, no la trataron, no la conocieron, y se fundaron únicamente en el dicho vulgar. Esta circunstancia en que están conformes todos los escritores sobre Grecia que he consultado, por cuyo motivo y siguiendo el plan de brevedad que me propuse desde el

principio, sólo citaré dos, al erudito Barthelemy y á los sábios redactores de la «Geografía universal antigua y moderna» publicada por Michaud.

He aquí las palabras textuales del primero: «Es preciso observar que todo lo que se cuenta sobre las costumbres disolutas de Safo, no se halla sino en autores *muy posteriores* al tiempo en que vivió.»¹

Véamos ahora lo que dice Michaud, ya al alcance de las investigaciones contemporáneas. «Ovidio fué quien pudo crear esa Safo, amante de Faon, á quien hace decir que le prefiere á cien jovencitas que ha amado con gran peligro de su reputación. *Pero nada en los autores antiguos propiamente dichos, justifica esa imputación.*»²

De lo expuesto resulta, que no siendo contemporáneos, testigos de vista, los detractores de Safo, su dicho es, por lo menos, muy sospechoso. Empero, hay pruebas que voy á alegar, las cuales anulan completamente ese dicho.

En primer lugar la opinión que tenían de Safo sus antiguos compatriotas. La imagen de la poetisa estaba grabada en monedas que acuñaron los lesbianos; los Atenieses le erigieron una estatua de bronce; su memoria se conservaba llena de respeto y veneración; las palabras suyas que se recordaban, formaban sentencias proverbiales de honradez y virtud. He aquí dos de ellas: «Sin la virtud nada tan peligroso como la riqueza» «Una buena cara parece bella á la primera ojeada; pero la virtud es más bella mientras más se examina.» Todo esto llamó la atención del joven Anacarsis, quien hizo la siguiente pregunta á los griegos:³ «¿Cómo conciliar los sentimientos que Safo expresa en sus escritos y los honores que le tributáis, con las costumbres infames que sordamente se le atribuyen?» «No conocemos bastante los detalles de su vida para juzgarla;» fué la única respuesta.

Sin embargo, yo voy á ocurrir ahora á quien conoció á Safo, para que nos dé noticia exacta suya. Me refiero á Alceo, cuya relación ha conservado Aristóteles en su *Retórica*.

Alceo fué contemporáneo de Safo, su compatriota, la conoció, habló con ella; más todavía, fué uno de sus apasiona-

1 Voyage d'Anacharsis, t. 2, p. 69 note (Paris 1818.)

2 Arte Sapho.

3 Barthelemy op. cit.

dos. Pues bien, un día Alceo escribió á Safo estas palabras: «*Casta Safo, la de los negros rizos, quisiera hablarte, pero la vergüenza me detiene.*»¹

La llama *casta* y no se atreve á declararle su pasión: ¿Se habla así con una ramera entregada á los vicios que se imputan á Safo? La respuesta de la poetisa á Alceo nos acaba de aclarar la cuestión. «Si la pasión de lo bueno ó de lo bello te hubiera conmovido, si la lengua no quisiera pronunciar algo vergonzoso, el rubor no cubriría tu semblante.»

Hay todavía otro pasaje de Alceo donde se leen estas palabras: «Coronada de violetas *casta* y dulce Safo.»²

En fin, voy á citar en defensa de mi heroína á Herodoto, al padre de la historia. Según él, Safo reprobó á su hermano que tuviese relaciones con la cortesana Rhodope.³ Semejante reprobación no parece muy natural en una persona tan viciosa como se supone á Safo, siendo así, por otra parte, que Herodoto no dice palabra acerca de las malas costumbres que se atribuyen á la décima musa.

En cuanto al tono ó sentido de las poesías de Safo dirigiéndose á mujeres, nada prueba absolutamente, como lo hace ver el profundo crítico moderno Otfried Müller por medio de juiciosas observaciones que paso á extractar.

En los pasajes diversos donde Safo se dirige á mujeres, no hay nada que autorice á buscar en ciertas expresiones apasionadas un sentido vergonzoso. Uno de los rasgos esenciales del carácter helénico es, que sentimientos perfectamente distintos en naciones de carácter más tranquilo, quedaban entre los griegos como confundidos, y así sucedía con el amor y la amistad. Esto explica cómo Platon pudo dar á Sócrates, respecto de sus discípulos, cierto lenguaje que nos parece ajeno á la decencia.»

Las observaciones de Müller son iguales, en lo substancial, á lo que dijo antes que él un autor ya citado, Barthelémy, á quien luego traduzco.

«Safo, después de la muerte de su esposo, se dedicó á las letras, cuyo amor quiso inspirar á las mujeres de Lesbos y algunas se pusieron bajo su dirección. Ella las amó con exceso porque no podía amar de otro modo, expresando su ternu-

¹ Anthogia griega.

² Op. cit. Hist. de la literatura griega por Pierrón, Pág. 167.

³ Herodoto, lib. II.

ra con la violencia de la pasión. No os sorprenderá esto cuando conozcáis la extremada sensibilidad de los griegos, cuando sepáis que entre ellas los afectos más inocentes toman frecuentemente el lenguaje del amor. Leed los diálogos de Platón, y veréis en qué términos habla Sócrates de la belleza de sus discípulos; y sin embargo, Platon conocía mejor que nadie las intenciones puras de su maestro. Las de Safo no lo eran menos probablemente.»

Otra observación importante que se ha hecho respecto á las poesías de Safo, dedicadas á personas de su sexo, es que se dirige en alguna de ellas á su hija, como en el siguiente pasaje: «Tengo conmigo una niña cuya hermosura es semejante al crisántemo Cleis, mi amada Cleis, que no daría por toda la Lidia.»

De la misma manera se explican otras composiciones que pudieron ser compuestas para una amiga ó una pariente, teniendo en cuenta, como he dicho, el carácter de los griegos y su manera de expresarse.

Me queda todavía que hablar especialmente de la oda que conservó Longino, por ser la pieza principal de acusación contra Safo, en virtud de su argumento y que se dirige á una joven. Esto último, sin embargo, ni el Sr. Bablot ni nadie lo ha probado satisfactoriamente; por el contrario, diversos filólogos y críticos sostienen que debe leerse «*A mi bien amado*» y no «*A mi bien amada.*» Véase entre otros al citado Müller y á Pierrón en su «*Historia de la literatura griega.*»

Resulta, pues, por lo menos, dudoso el verdadero título de la oda en cuestión; y en caso de duda, la crítica aconseja guiarse por otras circunstancias del autor; hemos visto que todas las relativas á Safo le son favorables, y ahora vamos á ver que lo mismo sucede con lo más decisivo de todo en el presente caso, que es el argumento de la composición misma, argumento que se refiere á un hombre y no á una mujer.

La pasión que la poetisa quiso expresar, fueron los celos, como muy bien lo ha demostrado el helenista español Castillo y Ayensa, en su traducción de Safo, quien la hizo literal y libre. He aquí la primera por convenir mejor al intento que me propongo:

«Me parece que es semejante á los dioses *aquel hombre* que se sienta frente á tí.» En este lugar se refiere la poetisa con toda claridad á un individuo del otro sexo á quien admira tanto que le compara con los dioses.

«Escucho de cerca tu dulce hablar y tu amable reír» Aquí se aplican algunos epítetos agradables á la mujer que estaba sentada frente al hombre, pero esos epítetos no prueban amor por parte de Safo, sino que conoce el mérito de su rival.

«Esto comprime mi corazón en el pecho.» Es decir, que lo que perturba á Safo es ver reunido á su amante con otra mujer, cuya perturbación desenvuelve en el curso de la composición desde que mira á su feliz rival. He aquí la continuación de la oda.

«Porque lo mismo es mirarte que de repente me falta la voz, y la lengua se me rompe, y un fuego sutil discurre al pronto por dentro de mi cuerpo, y nada veo con los ojos y me zumban los oídos, y un sudor frío me cubre, y el temblor me conmueve toda, y me pongo más amarilla que la yerba, y estando en poco que no muera, me hallo sin aliento. Pero arrostemos por todo, qué infeliz»

Tal es la interpretación sencilla y clara de la famosa oda que tanto ha dado que decir, y sólo la maledicencia humana puede violentar su sentido. Pero aun cuando la oda fue dirigida á una mujer, tendría Safo defensa, atendiendo á las observaciones que copié anteriormente, hechas por Müller y Barthelemy.

Aun la fisiología viene á comprobar la falsedad de los amores femeniles de Safo, negando el hermafrodismo humano que el Sr. Bablot admite, fundado en algunos escritores apreciables bajo otro aspecto, pero ignorantes en la materia. Para no extenderme demasiado, citaré únicamente en mi apoyo á Beclard: ¹ «El hermafrodismo real caracterizado por la presencia simultánea de los ciertos órganos no ha sido aún comprobado de una manera positiva en la especie humana. En el hermafrodismo de la especie humana hay siempre predominación del sexo masculino ó del sexo femenino y la existencia de esos órganos determina esa predominación.»

¹ Tom. 15. París 1811.

Pues bien, en Safo estaba tan bien determinado el sexo femenino, que se sabe fué casada y que tuvo hijos.

De este modo la buena crítica ha ido levantando de tal manera la mancha con que se empañó la honra de Safo, que los biógrafos atribuyen ya generalmente á una cortesana del mismo nombre que la poetisa, las infamias atribuidas á ésta, ó simplemente defienden á Safo sin mencionar á la cortesana.

He aquí lo que se lee en el Diccionario Universal histórico, crítico y bibliográfico. ¹ Dotada Safo de una excesiva sensibilidad, que sabía expresar con aquella energía propia de un carácter y del clima que habitaba, envidiada de todas las mujeres vencidas por su superioridad, se vió calumniada acerca de sus costumbres con un encarnizamiento inconcebible.»

En la *Biografía Universal* (París 1853), se dice: «Nada se sabe de cierto sobre la vida de Safo, y las tradiciones contradictorias que nos ha legado la antigüedad, respecto á sus costumbres relajadas, parece que deben atribuirse á otras mujeres del mismo nombre.»

En el Diccionario de Historia y Geografía, publicado en México, que cité al principio de este escrito, se encuentran estas palabras: «En la actualidad se tiene casi como evidente que todos estos hechos pertenecen á Safo, cortesana célebre en su tiempo.»

Por último, en la *Biografía Universal* de Michaud que también he citado, y que es el mejor libro hoy en su ramo, no se admiten los desórdenes de Safo sino como una fábula.

Creo que todo lo dicho basta para absolver á la mujer que nos ocupa, del cargo que se le ha hecho, y no puede quedar en el ánimo otra duda, sino la que quedó al joven Anacarsis cuando, según lo dije anteriormente, preguntó cómo podían conciliarse ciertos rumores malignos con la veneración que se tenía á la memoria de la poetisa. A esto diré, para concluir, que la erudición moderna se ha encargado ya de resolver esa aparente contradicción; erudición representan los escritores alemanes é ingleses Welcker Müller, Mure y Donalson. Estos sabios han hecho ver que los amores fe-

¹ Tom. 15. París 1811.